



NOVELAS DEL MUNDO

LITERATURA QUE UNE

CUENTOS QUE NOS HABITAN

# EL LAGO NO PREGUNTA

Un amor entre orgullo, silencios  
y un país que aún aprende a mirarse.

CUENTO 01

SERIE DIARIA  
GRATUITA



AREQUIPA



PUNO · JULIACA



AMOR REAL



IDENTIDAD



LAGO TITICACA



SERGIO ESTEBAN FLORES PINAZO

AREQUIPA, PERÚ

LEE GRATIS EN NUESTRA WEB



[novelasporunsoleditorial-boop.github.io/novelas-por-un-sol/](https://novelasporunsoleditorial-boop.github.io/novelas-por-un-sol/)

NOVELAS DEL MUNDO

*Literatura que une*

---

— — CUENTOS QUE NOS HABITAN — —

EL LAGO  
NO  
PREGUNTA

---

*un cuento*

SERGIO ESTEBAN FLORES  
PINAZO

*Arequipa, Perú*

---

QUIPUANDINO

*Novelas por un Sol Editorial*

E L L A G O N O

P R E G U N T A

---

1ª Edición

Autor:

**Sergio Esteban Flores Pinazo**

Editor:

**Quipu Andino**

(Edición independiente del autor)

Domicilio Legal del Editor:

Calle Teniente Alcántara 212 – B Guardia Civil – Paucarpata – Arequipa – Perú

Año de Edición:

2026

© 2026 **Sergio Esteban Flores Pinazo.**

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio electrónico o mecánico, sin el permiso escrito y expreso del autor/editor.

---

*Impreso en Perú / Distribución Digital*

*«En la frontera, todos venden algo.  
El lago, en cambio, solo recibe.»*

E L L A G O  
N O P R E G U N T A

---

**E**n las calles de sillar blanco de Arequipa, donde el sol cae duro y el orgullo pesa casi tanto como la piedra, Sebastián aprendió desde niño que había amores permitidos y otros que debían esconderse.

Su madre hablaba del apellido como si fuera una herencia sagrada. Su abuelo repetía en cada almuerzo:

—*Nosotros somos arequipeños de verdad.*

Nadie explicaba qué significaba eso, exactamente. Pero la frase siempre venía acompañada de una mirada hacia la gente que llegaba desde Juliaca, desde Puno, desde las alturas donde el frío enseña a resistir antes que a soñar.



A Daniela la conoció en la universidad.

Hablaba con esa mezcla de dulzura y firmeza que tienen quienes crecieron peleándole al viento del altiplano. Cuando se reía, parecía que el mundo dejaba de tener ruido. Trabajaba en las mañanas, estudiaba en las noches, y jamás se quejaba —aunque Sebastián notó, con el tiempo, que eso no era resignación: era orgullo. Una forma del orgullo que él no conocía. El suyo siempre había necesitado público.

La primera vez que la llevó al centro histórico, Daniela miró las casonas antiguas con algo que no era exactamente admiración.

—*Qué bonita es Arequipa —dijo—. Pero a veces siento que no nos quiere.*

Él no supo qué responder.

Porque era cierto. Y porque él lo había sabido siempre sin haberlo pensado nunca.



El día que Sebastián decidió presentarla en casa eligió un domingo de marzo, cuando la luz en Arequipa lo hace todo parecer más amable. Compró flores. Llegó temprano para advertirle a su madre, aunque no supo bien de qué.

—*Viene Daniela —dijo.*

—*¿La chica de la universidad?*

—*Sí.*

Su madre asintió. Fue a la cocina.

Cuando Daniela llegó, la madre la recibió en la sala con una sonrisa que Sebastián conocía bien: la que usaba para las personas que venían a cobrar o a pedir algo. Cortés. Impenetrable.

Durante el almuerzo, sirvió café en tazas distintas: las de porcelana fina para Sebastián y para ella; la de loza cotidiana —la que quedaba en el fondo del aparador— para Daniela. No fue un acto calculado. Era peor que eso: fue automático.

**Sebastián lo vio.**

**Y no dijo nada.**

Después vinieron las preguntas suaves:

—*¿Tus papás a qué se dedican?*

Daniela respondió sin bajar la voz:

—*Mi mamá vende ropa en Juliaca. Mi papá fue transportista.*

Hubo un silencio pequeño. Pequeño, pero suficiente para romper algo que quizá no podría volver a armarse del mismo modo.

Luego su madre le ofreció más café a Daniela.

Amable. Impecable. En la misma taza de loza.



Esa noche caminaron por el puente Grau. Abajo, el río Chili rugía con esa rabia sorda que tienen los ríos cuando crecen solos.

Daniela no lloró. Los puneños aprenden temprano a aguantar. Pero cuando habló, su voz tenía una dureza que no era tristeza sino algo anterior a la tristeza: la certeza de reconocer algo que ya sabía.

*—No quiero que pelees con tu familia por mí.*

*—No entiendes —dijo Sebastián—. El problema no eres tú.*

Se quedó callado. Buscó la manera de terminar la frase y no encontró ninguna que fuera completamente honesta. Porque la verdad era que esa tarde, por un instante —un instante que duró lo que dura una taza de loza sobre la mesa—, él también había sentido algo incómodo. No vergüenza de Daniela. Algo más oscuro: el reflejo de lo que había heredado sin saberlo.

*—¿Y entonces por qué duele tanto? —preguntó ella.*

No hubo respuesta.

Solo el río abajo, rugiendo.



Pasaron los meses.

Hubo discusiones, silencios, puertas que se cerraban de formas distintas. Sebastián dejó de ir seguido a casa. Daniela empezó a dudar —no de él, sino de si quería pasar el resto de su vida siendo la que tiene que demostrar que merece estar en ciertos cuartos.

Amar se volvió cansancio.

Hasta que una madrugada, viajando hacia el lago, Daniela lo despertó cuando el cielo empezaba a cambiar de color sobre el agua inmensa.

*—Mira —susurró.*

El Titicaca estaba quieto. Recibía la luz sin preguntar de dónde venía.

Sebastián la miró a ella, no al lago. Miró su perfil contra el amanecer y pensó en la taza de loza y en su propio silencio y en todas las formas en que uno puede ser cómplice de algo sin levantar la voz.

*—Perdona —dijo.*

Ella no preguntó de qué.

Eso también era una respuesta.



Años después, Sebastián encontró entre sus papeles un poema que había escrito una noche sin intención de publicarlo. Lo leyó despacio, como si lo hubiera escrito otro:

*No quiero un amor  
que esconda tu apellido  
como quien tapa una cicatriz.*

*Te amo con las manos frías  
de los terminales de Juliaca,  
con el humo de los buses al amanecer,  
con las polleras luchando contra el viento,  
con la fuerza silenciosa  
de quienes siempre tuvieron que demostrar  
que merecían estar aquí.*

*Yo nací entre sillar y orgullo.  
Tú naciste entre heladas y resistencia.*

*Y aun así,  
cuando tomas mi mano,  
el Perú deja de estar roto  
por un instante.*

Lo dobló. Lo guardó.

En el patio, su hija Killa corría entre las piedras volcánicas y gritaba algo en un idioma que mezclaba palabras sin preguntarse cuáles venían de dónde.

Sebastián la observó desde la sombra.

Pensó en la taza de loza.

Pensó en que nadie nace sabiendo lo que heredó.

Pensó en que reconocerlo, al menos, era el principio de algo.

Aunque no supiera exactamente de qué.



F I N

---

*Sergio Esteban Flores Pinazo · Quipu Andino*  
Literatura Contemporánea Peruana · 2026